



Este llorando, pero con idea revanchista, se fue a su casa con intención de coger un buen palo y apalearlo. Llegó, y sin decirle a su madre nada de lo que le había ocurrido, pasó al corral, buscó el palo que más bien le iba y se marchó de nuevo a la casa de su enemigo. Hizo la misma operación, se enconde y con el mismo estaco dio unos golpes en la puerta y ahí que te viene el perrillo ladrando, al aseomar la cabeza por entre la puerta entornada Ramoncillo sin pensarlo dos veces, le dio un buen mamporro en la cabeza, sólo con intención de asustarlo, pero no fue así, porque el chucho se fue hacia el interior tambaleándose unos pasos y cayó muerto.

La dueña del Caniche, vio la escena, pero fue todo tan rápido, que no pudo evitar el trance, pero sí que conoció al chico, cogió a su «lulú» y llorando, penso que la

mayor venganza que podía hacerle al chico fue lo que al día siguiente hizo. L'amó a unos chicos que correteaban por la calle y les dice: —¿Conocéis a Ramoncillo?— Los chicos afirmaron que sí le conocían. —Pues mirar, os voy a dar cinco céntimos a cada uno y cuando lo veáis por la calle le llamáis «Caniche». Pensando esta señora que llamándolo por «Caniche» le quedara el recuerdo en su memoria de lo que había hecho. Así fue, porque con dos pesetas que repartió entre los chicos Ramón se quedó con el apodo de «Caliche» y no «Caniche».

Esta es la historia de este apodo, pero Ramón que sean muchos años que sigamos llamándote «Caliche» con la misma salud que hasta ahora disfrutas, así sea señor Ramón.

*Miguel Moreno López Tercero*